



OPINIÓN

Enrique  
Dans

## Compartir tu vida

Cuando una generación crece rodeada de conectividad y de dispositivos relativamente asequibles que les permiten trascender las barreras espaciales en su comunicación y acceso a la información, son de esperar algunas diferencias sociológicas con las generaciones precedentes.

A algunos les llama la atención que los jóvenes no naveguen por la Red, sino que, sencillamente, no salgan de ella. Algunos lo ven como una adicción, como una especie de enfermedad, cuando en realidad se trata de una manera diferente de ver la vida.

Ni mejor, ni peor: diferente. Y con mucho sentido.

Cuando la comunicación es constante, las relaciones cambian. Los amigos y conocidos no son presencias intermitentes, sino prácticamente constantes. Cuando se vive cualquier experiencia, lo inmediato es querer compartirla con tu red. Si no puedes hacerlo en ese instante, pierde mucho de su sentido, y resulta frustrante. Compartir, contar lo que se hace, subir una foto se convierte en una parte intrínseca de toda experiencia vivida: una comida, un viaje, un pensamiento... La conversación se vuelve omnipresente, como un diario permanente. Y no, no hablamos de una moda ni de algo pasajero: hablamos de una filosofía de vida que será una característica de las generaciones venideras.

La brecha generacional existe entre los jóvenes que exigen vivir en conexión permanente, compartiendo todo lo que hacen con otros, y los adultos que se niegan a entenderlos y los tachan de enfermos. ¿Enfermos? Para nada.

Asistimos a toda una nueva filosofía de vida: si no comparto, me falta algo. La lógica consecuencia de crecer en un mundo hiperconectado. No, los raros no son ellos: somos nosotros.

En realidad, no raros, sino arcaicos. Con todo lo que ello conlleva.

Profesor de IE Business  
School